

## Ropa música chicos

Viv Albertine

# Ropa música chicos

Traducción de Cecilia Ceriani



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
Clothes Music Boys  
Faber and Faber  
Londres, 2014

*Ilustración:* foto de Viv Albertine, cortesía de la autora

*Primera edición:* abril 2017

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Cecilia Ceriani, 2017

© Viv Albertine, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2017

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2615-9

Depósito Legal: B. 6022-2017

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para Arla*

## INTRODUCCIÓN

Si no quieres meter la pata mañana di la verdad hoy.

BRUCE LEE

Quien escribe una autobiografía es imbécil o está en la ruina. A mí me pasan un poco las dos cosas. Una vez puesta a ello, me reí sola en varias ocasiones y, a medida que surgía la repetición de ciertas pautas, comprendí cosas de las que antes ni siquiera era consciente. Espero que también vosotros os riáis un poco y aprendáis alguna cosa.

El título proviene de algo que mi madre solía decirme: «Ropa, ropa, ropa, música, música, música, chicos, chicos, chicos, ¡sólo piensas en eso!» Era la cantinela diaria cuando, al volver yo del colegio, no recordaba nada de lo que me habían enseñado, pero podía describir en detalle lo que llevaba puesto la profesora, alabar hasta el delirio a los chicos que me gustaban y pronosticar los discos que alcanzarían los primeros puestos de ventas.

Éste es un libro sumamente subjetivo, un álbum de recuerdos. Las experiencias aquí documentadas han dejado en mí una huella emocional imborrable; me han moldeado y marcado. Y yo estaba presente en todas ellas. Si hay otros que también hayan estado y quieran contar su versión, allá ellos. Ésta es la mía.

He cambiado algunos nombres para proteger a los implicados.

Para los que tengan prisa...

Referencias al *sexo*: páginas 13, 46, 53, 146-150, 459-461, 471-472.

Referencias a las *drogas*: páginas 73-74, 187-190, 291, 466-468.

Referencias al *punk rock*: páginas 110-113, 117-119, 173-177, 181-183, 196-198.

Cara A

## 1. MASTURBACIÓN

Nunca la practiqué. Nunca quise. No porque existiese alguna razón para no hacerlo, alguna represión. Nadie me dijo que estuviese mal ni tampoco creo que lo esté. Simplemente no pensaba en ello. No sentía ningún deseo de hacerlo, por tanto no sabía lo que era. Cuando se me revolucionaron las hormonas, alrededor de los trece años, los chicos ya me metían mano y a mí con eso me bastaba. Poco a poco los experimentos fueron cada vez más lejos, hasta que tuve mi primera relación sexual a los quince años con mi novio de entonces. Estuvimos juntos tres años y todavía somos amigos, algo que me parece muy bonito. Durante toda aquella época posterior a mi primera experiencia sexual jamás me masturbé, aunque en una ocasión lo intenté después de que mis amigos me dieran la lata porque me quejaba de sentirme muy sola. Pero, para mí, masturbarte cuando te sientes sola es como beber alcohol cuando estás triste: exagera el dolor. No estoy diciendo que no me acaricie los pechos (los tengo mucho mejor ahora que he engordado un poco) ni que no me toque entre las piernas y luego me huela los dedos, todo eso lo hago, me gusta hacerlo, acurrucada por la noche en mi cama tibia y acogedora. Pero eso no me conduce jamás a la masturbación. No me interesa. Tampoco soy de tener muchas fantasías, excepto una vez estando embarazada y



con las hormonas a tope. Estaba tremendamente excitada y tuve una fantasía muy intensa en la que una jauría de perros salvajes y rabiosos me follaban en el jardín delante de casa. Más tarde perdí al bebé. A ver si aprendo. Aquella fantasía no hizo que sintiera deseos de masturbarme. Contemplé la escena un par de veces en mi cabeza, la escribí y nunca volví a pensar en nada parecido. De verdad.

(Por favor, dios, haz que aquel viejo ordenador en el que yo escribía esté hecho añicos y no tirado en algún vertedero del que puedan rescatarlo y analizarlo en el futuro como hicieron con el fósil de Lucy, la australopiteco.)

Pues bien, allá voy, con todo lo bueno y todo lo malo...

## 2. ARCADIA

1958

Mi familia llegó a Inglaterra proveniente de Sidney, Australia, cuando yo tenía cuatro años. Mi hermana y yo poseíamos tres juguetes cada una: una muñeca de trapo china, un osito de peluche y un koala. No le teníamos demasiado cariño a nuestros juguetes. Enterrábamos una y otra vez las muñecas en el jardín trasero hasta que un día olvidamos dónde estaban y perecieron bajo tierra. A los ositos de peluche los agarrábamos de las patas y los usábamos para aporrearnos mutuamente, enzarzadas en unas luchas encarnizadas hasta que acabaron sin ojos y sin orejas, destrozados por completo. No tocábamos a los koalas porque estaban hechos de piel auténtica y nos daban repelús.

Viajamos de Australia a Inglaterra a bordo de un barco que se llamaba *Arcadia*, según reza un salvavidas en miniatura rojo y blanco que aún cuelga de un clavo en el cuarto de baño. El viaje duró seis semanas. Uno de mis primeros recuerdos es el de mi madre y mi padre arropándonos en las literas de nuestro camarote. Nos dijeron que iban a cenar, que no tardarían y que, si necesitábamos cualquier cosa, sólo teníamos que tocar el timbre que había junto a la cama y alguien iría a avisarles. Aquello nos pareció totalmente razonable, así que nos acurrucamos bajo las mantas y ellos se marcharon.

No habían pasado treinta segundos y ya estábamos muertas de miedo. Yo tenía cuatro años y mi hermana dos. Una vez que se cerró la puerta y mis padres desaparecieron, la evidencia de encontrarnos solas de noche en aquel lugar extraño se hizo insoportable. Empezamos a llorar. Toqué el timbre. Tras esperar una eternidad y llamar muchísimas veces, apareció un camarero y nos dijo que todo estaba bien y que nos durmiéramos. Después se marchó. Todavía con miedo, volví a llamar al timbre. Pasó un rato largo y no apareció nadie, así que seguí llamando. Al final el camarero volvió y gritó: «Si volvéis a tocar ese botón una vez más, el barco se hundirá y vuestros padres se ahogarán.» Seguí llamando al timbre y mamá y papá no se ahogaron. Cuando volvieron de cenar nos encontraron berreando.

A la edad de cuatro años aprendí una lección importante: los adultos mienten.



*Mamá y papá*

### 3. PET SOUNDS<sup>1</sup>

Quisiera ser niña otra vez, medio salvaje, intrépida y libre.

EMILY BRONTË, *Cumbres borrascosas*

Mi hermana y yo éramos unas niñas bastante salvajes. Durante unos años ni siquiera parecíamos niñas. Éramos insensibles, rayando en la crueldad. Teníamos una perra llamada Candy, una yorkshire terrier que se comía su propia caca. Le olía el aliento. Después de que la operaran (para que no pudiese tener cachorros), se pasaba tumbada en su cesta intentando morderse la costra formada sobre la antigua herida. Supongo que, en cierto modo, todos lo hacemos.

Mi hermana y yo le enseñamos a Candy a dormir boca arriba, bien tapada bajo una manta y con las patas delanteras asomando por el embozo. En la Noche de las Hogueras<sup>2</sup> la disfrazamos con un sombrero y un vestido largo blanco (uno de nuestros faldones de bautizo), la sentamos dentro de un cochecito de muñecas y la paseamos por todo Muswell Hill Broad-

1. *Pet Sounds* es el nombre del décimo primer álbum de los Beach Boys. La autora juega también con el significado de «Pet Sounds» como «sonidos preferidos» y con el más literal de «sonidos de mascotas» para titular el capítulo donde se refiere a las mascotas de su infancia. (*N. de la T.*)

2. Guy Fawkes Night, se celebra el 5 de noviembre en el Reino Unido con hogueras, fuegos artificiales y pirotecnia para conmemorar el aniversario del fracaso de la Conspiración de la Pólvora de 1605. (*N. de la T.*)



*Con mi hermanita*

way pidiéndole a la gente un penique para el muñeco.<sup>1</sup> No obtuvimos mucho dinero que digamos, pero tampoco era lo que buscábamos.

Acabamos aburriéndonos de Candy bastante rápido y dejamos de sacarla a pasear. Al final sólo le gritábamos «¡A pasear!» y agitábamos su correa en el aire cuando no lográbamos que abandonara el jardín trasero y se metiera en casa por la noche. Con el tiempo acabó dándose cuenta del truco y no entraba jamás.

1. Es tradición en esta fiesta popular que los niños hagan un muñeco con ropa vieja y papel representando a Guy Fawkes para luego quemarlo. Los niños pasean el muñeco, conocido como *guy* para pedir un penique al grito de «¡Penny for the guy!», monedas que luego usan para comprar bengalas. (*N. de la T.*)

Un día alguien deslizó un anónimo por debajo de la puerta de casa: «No me conocéis, pero yo sé cómo tratáis a vuestra pobre perrita...» Nos estaba recriminando por ser crueles con Candy. La regalamos.

También teníamos una gata, Tippy. Solíamos ponerle trampas en el jardín. Cavábamos un hoyo, lo cubríamos con hojas y ramitas y nos sentábamos a esperar a que cayera en él, cosa que por supuesto nunca sucedió. Así que intentamos meterla en el agujero a la fuerza. Salió huyendo.

Por último tuvimos tres pececitos de colores. Flamingo, Flipper y Ringo, todos procedentes del mercadillo del pueblo. Flamingo murió a los pocos días, Flipper murió un par de semanas después y fue devorada por Ringo. Ringo tuvo una crisis nerviosa (provocada, sin duda, por la culpa de haberse comido a Flipper) y empezó a hacer el pino en el fondo de la pecera, quedándose así, cabeza abajo, durante horas. Al final ya no pude soportarlo más, así que lo eché al retrete y tiré de la cadena. Cuando se vació el agua de la cisterna, Ringo seguía allí, cabeza abajo. Tuve que tirar de la cadena varias veces para librarme de él. Esa imagen de Ringo haciendo el pino en el fondo del retrete todavía me persigue.

#### 4. CHICOS MALOS

1962

Se abre la puerta del aula y entra el director, flanqueado por dos chicos desaliñados e idénticos. El señor Mitchell anuncia a la clase que los chicos se llaman Colin y Raymond y que han sido expulsados de su colegio anterior por mala conducta. Baja la mirada hacia los gemelos y dice:

—Saint James es un colegio religioso. Creemos en la redención y os daremos otra oportunidad.

Colin y Raymond levantan los ojos hacia él con el ceño fruncido. No parecen nada contentos de estar allí ni tampoco agradecidos por aquella segunda oportunidad. Dirigen la mirada hacia nosotros, unos niños bien educados, con el pelo limpio, blazer granate, camisas blancas almidonadas y corbatas de rayas. Nos observan con desprecio. Colin y Raymond llevan los calcetines caídos y llenos de agujeros, sus pantalones no son ridículamente cortos como los de todos los niños de mi clase. A ellos los pantalones les llegan justo por debajo de las costrosas rodillas. Un flequillo castaño y grasiento les cae sobre los ojos. Uno tiene una cicatriz en su pecosa mejilla. Pienso para mis adentros: *Qué suerte, por fin dos chicos guapos en el colegio*. Siento ganas de aplaudir de alegría. No sé de dónde me viene ese pensamiento. No lo reconozco. Nunca me habían importado los chicos, hasta entonces habían sido invisibles para mí, no

eran importantes en mi mundo. Nadie me había hablado jamás de los chicos malos, de que fueran sexys y seductores, o de que debiera mantenerme alejada de ellos. Todo eso lo descubrí yo solita en aquel preciso instante, a la edad de ocho años, en tercer curso.



*Con el uniforme del colegio. 1963*

Mientras los niños de mi clase desfilamos de dos en dos por las arboladas calles de Muswell Hill rumbo al refectorio, no puedo apartar mis ojos de aquellos dos delincuentes. Quiero empaparme de ellos. Giro la cabeza sin cesar y acabo caminando hacia atrás sólo para poder observarlos detenidamente. Me llevo una desilusión al comprobar que no estamos en la misma mesa a la hora del almuerzo, pero al menos me ha tocado justo a espaldas de Colin. El entusiasmo me desborda, un entusiasmo nuevo. Desde mis bragas azul marino reglamentarias del uniforme me sube hasta el pecho una sensación llena de vida, efervescente, que me forma un nudo en la garganta. El esfuerzo que tengo que hacer para contener tal energía me acelera aún más. Sólo se me ocurre una cosa para liberar tanta tensión y atraer la atención de Colin: le doy un codazo en la espalda. No



me hace caso, así que le doy otro codazo. Esta vez se vuelve de repente y me suelta un gruñido, enseñándome los dientes como si fuera un animal a punto de atacar, pero mi nueva sensación me tiene pasada de revoluciones y, en cuanto me da de nuevo la espalda, le doy otro codazo.

—Hazlo una vez más y te rompo la cara.

Nunca me ha amenazado un chico y no me gusta, siento ganas de llorar. Tengo la impresión de que eso no es lo que debería pasar cuando alguien te gusta, pero el nivel de adrenalina que me corre por la sangre me impide razonar. No puedo creer lo que estoy haciendo, debo de estar loca, le echo valor, dejo cualquier miedo, orgullo e instinto de autoprotección de lado, echo el brazo hacia atrás y le doy otro codazo.

Colin se vuelve. Todos se callan y se quedan mirándonos. Levanto los ojos en busca de algún profesor que venga a salvarme, pero no hay ninguno cerca, así que me agarro con fuerza al banco y sostengo la mirada de Colin con firmeza mientras espero el puñetazo de un momento a otro. Sus labios dibujan una sonrisa pícaro.

—Creo que a esta chica le gusto.

A partir de ese momento nos hacemos inseparables.